



Guerrero de la Restauración, o mambí.  
Dibujo del coronel español  
Marcelino García- Obregón, ca. 1864.

**Ecós**

Año 2 (1994), Nº 3

---

## CONSIDERACIONES ALTERNATIVAS ACERCA DE LAS REBELIONES DE ESCLAVOS EN SANTO DOMINGO

---

Roberto Cassá  
Genaro Rodríguez

---

### Las explicaciones de los historiadores

En la tradición historiográfica de la República Dominicana se han juzgado las rebeliones de esclavos a la luz de parámetros sociales del período colonial. A su vez, estos han sido ponderados de acuerdo a matrices culturales supuestas, de las cuales habría resultado una naturaleza social *sui-generis*. Partiendo de una constatación transmitida por la memoria de los círculos dirigentes de inicios del siglo XIX, como parte de tal elaboración se conformó la idea de que en todo momento los esclavos habrían aceptado integralmente el orden social. Esta constante, por su parte, se atribuye al carácter benigno de la esclavitud, el cual sólo en situaciones excepcionales no se observaba.

En el fondo, el esclavo es un ausente en la relación tradicionalista acerca de la colonia. En la medida en que se caracteriza a la cultura generada por la relación colonial como hispánica, el aporte demográfico y cultural africano es objeto de soslayo o de recusación abierta, dependiendo de los autores.<sup>1</sup> En ese tenor, como se verá, aunque sujeta a matizaciones variables, una de las matrices decisivas de la historiografía ha sido la pretensión de identidad homogénea en el conjunto de la población. El esclavo no sólo carecía de peso numérico, sino que quedó anulado como agente por su generalizada actitud mimética, desdibujándose sus contornos culturales.

Por otra parte, la presencia visible de población negra en el presente se atribuye a los procesos de "desnacionalización" del siglo XIX, provocados por la influencia de Haití. Esta apreciación se acompaña por juicios desembozadamente racistas, que imputan los

---

<sup>1</sup> "Antes del tratado de Basilea, en efecto, la población de la colonia estaba formada por la flor de las familias que habían emigrado a América, atraídas por la sed del oro..." Joaquín Balaguer, *La realidad dominicana*, Buenos Aires, 1947, p. 109.

orígenes de los problemas nacionales al factor africano.<sup>2</sup> No obstante, se pregona la reiteración del patrón integrativo de los dominicanos de piel negra, vistos en una dimensión esencial no africana. Esta interpretación ha sido erigida como uno de los fundamentos del tradicionalismo que postula la unidad nacional, fenómeno correspondiente a la ausencia de "prejuicios de castas" y hasta de división en clases sociales.<sup>3</sup>

En esas premisas se han sustentado las tesis que restan asidero al conflicto social por parte de los esclavos. Estas han variado desde la ausencia de referencias, la reducción al ámbito de lo delictivo o la afirmación de la incapacidad para una acción subjetivamente pautada.

Américo Lugo, a inicios del presente siglo, fue el primer investigador dominicano en visitar el Archivo General de Indias. Habiendo tenido evidencia documental, corrigió la imagen de la cuasi-inexistencia del negro, pero concluyó extendiendo a la segunda mitad del siglo XVI -a la que dedica el principal estudio que publicó- la tesis de la integración exhaustiva del esclavo a los parámetros de la cultura blanca.

No es casual la escasa atención de Lugo a las informaciones de negros rebeldes, ni que eludiera el análisis de un hecho que se le revelaba masivo. Redujo la rebelión al ámbito de lo residual y se concentró en la justificación positivista de la integración socio-cultural, esgrimiendo el argumento de que la religiosidad hispánica operó como mecanismo atenuante de la esclavitud: "pero el sentido espiritual del alma española, o preponderaba sobre el interés o se confundía con éste".<sup>4</sup>

A tal efecto, Lugo separa radicalmente las condiciones de las colonias españolas de las vigentes en la vecina Saint Domingue, tipo de comparación que se ha afinado ulteriormente en la realizada con los establecimientos británicos.<sup>5</sup> Con dicho recurso, traza un panorama global de integración de los esclavos, aunque no exento de respuesta álgida en caso de maltratos:

<sup>2</sup> Entre muchas referencias se puede citar este punto de partida: "La raza etiope es por naturaleza indolente y no aplica su esfuerzo a ningún objeto útil..." *Ibid.*, p. 104.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 119.

<sup>4</sup> Américo Lugo, *Historia de Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, 1952, p. 256.

<sup>5</sup> Herbert S. Klein, *Slavery in the Americas. A comparative study of Virginia and Cuba*, Chicago, 1967.

"Eran, en general, dóciles, supersticiosos, fieles, agradecidos y vanidosos. El contacto social con el amo desarrollaba su facultad intelectual... Preferían mil veces Santo Domingo a Africa... El genio e inclinación del negro se resentían del origen de éste; más en general dependían mucho del trato que recibían. Contento con la benignidad de sus amos, melancólico con su rigor, su tendencia a la arrogancia y la fiereza debía ser tenida siempre a raya."<sup>6</sup>

Desde una óptica puramente hispanista, Fray Cipriano de Utrera, erudito especialista en la historia colonial, puso énfasis en la integración del negro por medio de su aporte pasivo a la cultura criolla. De esta interacción deriva una constante de atemperamiento de los conflictos sociales:

"Esto mismo que en alguna manera es signo de atraso y de debilidad para producir un fruto típico de nacionalidad, fue como un sedante que suavizó toda aspereza y tirantez de clases que nunca pueden desaparecer... y por esa razón la historia dominicana de la era colonial está exenta de disturbios intestinos, de luchas, de aspiraciones... Todo era llano, democrático, sencillo..."<sup>7</sup>

En investigaciones ulteriores a la confección de esa conferencia, Utrera pudo rastrear la acción de las bandas de cimarrones, pero no varió su perspectiva de asimilarlas a un fenómeno disfuncional, prácticamente delictivo.<sup>8</sup> Según él, el escaso número de esclavos no habría permitido las condiciones para una conflagración social. Así, los alzamientos no pasaban de "meras fugas a los montes... y las pandillas de huidos preferían mil veces huir más y más a lo recóndito de los montes, que atacar a sus perseguidores..."

Lugo estaba buscando un sustrato a la estructuración del conglomerado nacional, oponiendo lo hispánico a la incidencia del imperialismo norteamericano. Esta indagación de la intelectualidad nacionalista fue recuperada, con un sesgo conservador, por el estado dominicano bajo la dictadura de Trujillo; pero, además, el foco de

<sup>6</sup> Lugo, *Historia*, p. 257.

<sup>7</sup> Fray Cipriano de Utrera, "La condición social de los negros en la época colonial", *Eme-Eme*, III, 17 (marzo-abril de 1975), p. 57.

<sup>8</sup> Fray Cipriano de Utrera, *Historia militar de Santo Domingo*, 3 vols., Ciudad Trujillo, 1951-53.

oposición polarizadora varió: en lo adelante, lo hispánico quedó intelectualmente asociado a un concepto racial y a la subsecuente pugna sempiterna con la nación haitiana.

Los intelectuales, en una operación constructora de una cultura despótica, hicieron uso de argumentos carentes de fundamento empírico, no obstante la edición de fuentes que mostraban una tipología de esclavitud contrastante con la proclamada.<sup>9</sup> En consecuencia, el más destacado de ellos, Manuel Arturo Peña Batlle, llegó a insinuar la inexistencia de un régimen de esclavitud durante el período que asimila a la comunidad dentro de España.<sup>10</sup> Para este autor, hasta la irrupción de los bucaneros, a mediados del siglo XVII, la isla constituía un homogéneo "tronco prístino" hispánico.<sup>11</sup> Como es lógico, no se interesó por discutir el peso de la población negra, y lo que cuenta en el argumento es la asimilación exhaustiva de la población no blanca a los parámetros culturales hispánicos.

Carlos E. Deive, el autor que más recientemente ha estudiado los alzamientos de esclavos, admite un tipo de conexión -que finalmente no aclara- entre el movimiento social y la estructura esclavista. No obstante, mantiene los matices tradicionalistas de Utrera cuando, polemizando con historiadores haitianos, niega sentido de identidad y contenido proyectual clasista y colectivo a la acción de los cimarrones alzados en los bosques:

"La subordinación económica, jurídico-política y sociocultural en que se hallan inmersos los esclavos no les permite ninguna posibilidad de llegar, como clase social, a un entendimiento elaborado y crítico de su situación. El estado de dependencia, así como los valores y pautas de comportamiento impuestos por la clase dominante y creados y recreados a lo largo de un proceso sutil pero consciente de deculturación y socialización, les impiden alcanzar una inteligencia política de su enajenación y de su lucha revolucionaria...esas acciones no son el resultado de una comprensión lúcida y auténtica de su condición servil ni una expresión cabal de las contradicciones de clase propias del

<sup>9</sup> Entre otras colecciones de documentos, véase a Emilio Rodríguez Demorizi, *Relaciones históricas de Santo Domingo*, 3 vols., Ciudad Trujillo, 1942-57.

<sup>10</sup> Manuel Arturo Peña Batlle, "El tratado de Basilea y la desnacionalización del Santo Domingo español", en *Ensayos históricos*, Santo Domingo, 1989, pp. 47-84.

<sup>11</sup> Manuel Arturo Peña Batlle, "El sentido de una política", en *Política de Trujillo*, Ciudad Trujillo, 1954, p. 66.

sistema esclavista... los esclavos nunca lograron plantear sus reivindicaciones como miembros de una clase social en pugna con la dominante, sino que se redujeron a obtener la libertad como individuos y no como protagonistas de los antagonismos de clase..."<sup>12</sup>

### Contexto histórico y esbozo del problema

En el presente escrito, en oposición a la tesis de Deive, se propone la identificación de la actitud de la población esclava a través del movimiento social y, en particular, de las diversas tipologías de sublevaciones. Por ello, queda delimitado a discutir la posición de los esclavos en el lapso en que muchos de ellos se hallaban en estado de sublevación; esto comenzó concomitantemente con el inicio de la trata, alrededor de 1520, y se prolongó hasta 1667. Si bien no se reduce la forma de acción social a la rebelión, se considera a ésta su expresión óptima, ya que sintetiza la aspiración de clase por la vida libre.

La causa principal de las rebeliones estribaba en el régimen social existente, caracterizado por un sistema de esclavitud intensiva vinculado a la exportación de géneros agrícolas. No obstante, no se examinarán las características de este sistema, las cuales ya han sido objeto de atención.<sup>13</sup> Cabe señalar, empero, que la estructuración de un esbozo de sociedad de plantación comportó fragilidades básicas a consecuencia de las condiciones desfavorables que interponía el estado español a los intereses de los hacendados. Por tal razón, si bien se conformaron relaciones similares a las de las colonias de plantación de Inglaterra y Francia, distaron del grado de la exhaustividad de éstas.

Entre otros componentes de esta situación específica se encuentra el rápido agotamiento de las bases de la esclavitud intensiva. El aspecto principal que operó al respecto fue la insuficiencia de la demanda en el mercado español, agudizada por las prácticas monopólicas que impedían los intercambios con mercaderes de otros países.

Así, los hacendados de Santo Domingo no lograron acceso al mercado mundial, salvo en momentos tardíos por medio del contrabando. La formación de sus capitales se había producido

<sup>12</sup> Carlos Esteban Deive, *Los guerrilleros negros*, Santo Domingo, 1989, p. 16.

<sup>13</sup> Roberto Cassá, *Historia social y económica de la República Dominicana*, 2 vols., Santo Domingo, 1976-80, I, pp. 65-92.

durante la etapa de explotación del indio, y se pudieron destinar a plantaciones gracias a concesiones otorgadas por la Corona como medio de evitar la despoblación de la isla cuando desaparecieron casi todos los indios; posteriormente, los ritmos de acumulación más bien entraron en fase de desgaste, aunque se alternaran fases de prosperidad con otras más prolongadas de dificultades. El grueso de hacendados, a merced de los mercaderes sevillanos, se debatía en un equilibrio catastrófico, responsable de no pocas quiebras o trasiegos de propiedades. De tal manera, llegó el momento en que la tipología de la plantación comenzó a ser sustituida por nuevas relaciones, hasta quedar por completo anulada. Puesto que en este artículo se postula la articulación entre sistema y práctica social, es en torno a esta evolución de la estructura económico-social que se establece el criterio de periodización.

Se ha sugerido que la despoblación de las zonas occidentales de la isla en 1605 y 1606, como recurso para erradicar el comercio ilegal, marcó el hito decisivo en el giro de todo el proceso histórico.<sup>14</sup> En realidad, si bien las devastaciones estremecieron la vida insular, sus efectos se restringieron, en lo inmediato, a acentuar tendencias que venían presentándose desde al menos dos décadas antes. Por todo ello, se propone la siguiente periodización de los componentes del régimen social:

1520-1580: Expansión de la plantación esclavista.

1580-1605: Inicio de la decadencia de la plantación.

1605-1645: Profundización de la decadencia.

1645-1665: Transición a un nuevo patrón de economía y esclavitud.

Así pues, la plasmación final de las tendencias de descomposición del sistema sólo tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XVII. Y, si bien es cierto que para el período ulterior las descripciones de los historiadores tradicionales dan cuenta de aspectos de la realidad, éstas no son válidas para el conjunto del período considerado en este texto. A medida que decaía la viabilidad de la esclavitud intensiva, se generaban alternativas funcionales de relaciones de producción, pero éstas no borraban los patrones sociales e institucionales que daban por resultado la actitud conflictiva de la masa esclava respecto al orden. En consecuencia, aunque se produjo, en términos generales,

---

<sup>14</sup> Pedro Mir, *La noción de periodo en la historia dominicana*, Santo Domingo, 1981, pp. 20 y ss.

un condicionamiento de las relaciones sociales sobre la acción de los sujetos, esa correspondencia fue sólo parcial: como muestran las persistentes actitudes insurreccionales de los esclavos, buena parte de éstos prefirió ignorar, durante largo tiempo, las opciones de mejoría social que ofrecía el debilitamiento sistemático de la plantación.

Un problema asociado consiste en los efectos de la debilidad del sistema esclavista; sin duda facilitaron un proceso temprano de gestación de rasgos culturales criollos y aun situaciones irregulares -de acuerdo a los patrones institucionales- de una parte de la masa esclava. No obstante, la reproducción de las líneas dominantes del sistema conllevaba la persistente actitud refractaria de la masa subordinada.

En síntesis, pues, debe ser rechazada la generalización extrapolada por los historiadores acerca del carácter benigno de la esclavitud y, no menos, de la subsiguiente ausencia de resistencia social y de reivindicación de identidad cultural entre los esclavos. Adicionalmente, aun si se reconoce una dinámica por completo distinta a partir de la segunda mitad del siglo XVII, ello no conlleva la aceptación de las tesis tradicionalistas sobre la ausencia de lucha social y de diversidad de identidades, punto éste que apenas será esbozado ya que escapa a los propósitos aquí delineados.

En contraste con las aseveraciones del cuasi-invariante tratamiento patriarcal, las características del esquema de plantación condenaban a los esclavos de Santo Domingo a condiciones de vida en extremo crueles. La esclavitud intensiva se condensaba alrededor de la producción azucarera, pero se reproducía en sus trazos esenciales en los restantes rubros agrícolas. Un documento, entre no pocos, ilustra el mortífero régimen de labores:

"... los hazen trabajar diez y ocho oras del día natural sin apartarse un punto del trabajo ni aun para comer, porque eso poco que les dan lo comen en pie trabajando y quando los sueltan se caen en el suelo hecho pedazos de sueño y trabajo, y el día de fiesta, que no guardan, sino hasta bispera, unos le duermen, otros que son mas diligentes siembran yuca para hazer casabe porque no les dan otra cosa para comer, sino carne de baca y aun tasadamente y pocos menos todos andan las carnes de fuera, de cuya causa les mueren muchos."<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Archivo General de Indias, Audiencia de Santo Domingo 71. (En lo adelante: AGI, Santo Domingo). Fray Diego de Santa María al rey, Santo Domingo, 30 de abril de 1573.



En otro documento se establece la conexión entre el régimen de vida y la propensión a la rebelión:

"En los yngenios, estancias y hatos no dan de comer a los negros ni de vestir y les hazen trabajar domingos y fiestas y noches y días sin darles doctrina y lo mismo se haze con los yndios y destos demasiados trabajos y males tratamientos e de no darles comida los negros se alzan, y se hazen cimarrones..."<sup>16</sup>

El funcionamiento del sistema generó una estructura demográfica caracterizada por la primacía del aporte africano. Mientras el número de vecinos blancos o mezclados oscilaba entre 1,200 y 1,000, como secuela de las emigraciones sucesivas hacia el continente, los esclavos pudieron haber llegado por momentos a los 30,000.<sup>17</sup> Del cotejo de las diversas estimaciones se puede inferir que, normalmente, en la etapa de auge de la plantación azucarera, oscilaban entre 20,000 y 25,000.

Una parte considerable de esa población se hallaba en los ingenios azucareros, cuyo número fluctuó en la fase de auge entre 30 y 40, incluyendo los trapiches, aunque excepcionalmente llegase hasta un tope de alrededor de 60.<sup>18</sup> La dotación de los ingenios variaba, salvo casos aislados, entre unos 80 y 150, acercándose en los primeros años la media más a la primera cifra. Posteriormente, algunos ingenios llegaron a tener hasta 350 esclavos.<sup>19</sup> Asumiendo, entonces, un promedio de 100 esclavos por ingenio, la cuantía total

<sup>16</sup> AGI, Santo Domingo 51. Memorial del Dr. Cuenca al rey, Santo Domingo, 24 de abril de 1579.

<sup>17</sup> Un contemporáneo señala: "Creo yo que pasan de 25. o de 30. mil Negros los que hai en esta isla, i no hai en toda ella 1200 Vecinos." Alonso de Castro, arcediano de la catedral, al Consejo de Indias, Santo Domingo, 26 de marzo de 1542, en Roberto Marte, *Santo Domingo en los manuscritos de Juan Bautista Muñoz*, Santo Domingo, 1981, p. 396. La cifra mínima de esclavos encontrada en los documentos es de 12,000: AGI, Santo Domingo 71. Andrés de Carvajal, arzobispo de Santo Domingo, al rey Santo Domingo, 28 de agosto de 1569. No obstante, en un momento en que había comenzado la disminución de la población esclava se siguió estimando en más de 25,000. AGI, Santo Domingo 51. Clemente Grajeda, alcaide de la fortaleza, al rey, Santo Domingo, 25 de mayo de 1582.

<sup>18</sup> Una relación accesible de los ingenios en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 5 vols., Madrid, 1959, I, pp. 106-110. Otra lista en AGI, Justicia 12, reproducida en "Sobre Catedral de Sto. Dgo. e Iglesias de los Ingenios 1533-1535", *Casas Reales*, 19 (octubre 1988), pp. 89-141.

<sup>19</sup> Genaro Rodríguez Morel, "Esclavitud y vida rural en los ingenios azucareros de Santo Domingo. S. XVI", *Anuario de Estudios Hispanoamericanos*, 49 (1992).

de éstos debió oscilar, hasta poco después de 1580, entre 3,000 y 5,000.

Hacia finales de la segunda mitad del siglo XVI, gran parte de los esclavos ya no se encontraban en ingenios, sino que laboraban en estancias y unidades similares, donde el régimen de esclavitud, aunque menos duro que en los ingenios, no se diferenciaba sustancialmente. El inicio de la decadencia de la economía de plantación determinó una variación de la proporción de esclavos en los diversos tipos de unidades productivas. La mortandad de la mitad de la población esclava, a mediados de la década de 1580, el incremento de las exportaciones de jengibre -rubro típico de las estancias de la época- y el atractivo del comercio ilegal fueron todos factores que redujeron el influjo del sector azucarero.

Para sostener ese sistema social, basado en una aguda polaridad, se tuvo que hacer uso de un régimen de excepción. Desde que se evidenciaron las necesidades de orden, las autoridades coloniales promulgaron reglamentos que establecían rigurosos cánones de disciplina y castigos. En las ordenanzas de 1528, por ejemplo, se prohibían los desplazamientos de esclavos desde una hacienda a otra, sin importar el motivo, aunque aludiéndose a las fiestas como ocasiones de gestación de intentos sediciosos; entre muchas disposiciones, se ordenaba a todos los hacendados que mantuvieran cepos y otros instrumentos de castigo.<sup>19</sup> Los reglamentos estaban concebidos desde el ángulo de reprimir la protesta y preservar el sistema de trabajo. Aunque su validez se prolongó hasta el siglo XVIII, más tarde fueron objeto de ajustes, al comprobarse que la severidad excesiva estimulaba la rebelión.<sup>20</sup>

Dentro de este contorno estructural, las posibilidades de mejoría eran casi nulas, incluyendo las de manumisión. Ciertamente que esta opción no estaba del todo cerrada, pero no porque el sistema estuviese normado por una actitud patriarcal de los amos, sino por las grietas que afrontaba crónicamente. De tal suerte, éstas tendían a manifestarse en variantes como el uso excesivo de domésticos, la actividad de los jomaleros y las negras denominadas "ganadoras". Aunque no se dispone de información estadística que relacione

<sup>19</sup> Están reproducidos en Utrera, *Historia militar*, I, pp. 202-209.

<sup>20</sup> El licenciado López de Cerrato, siendo presidente de la Real Audiencia, fue uno de los que más propugnó por un ajuste en el régimen de control de los esclavos. Afirmó que de cien negros que se iban al monte, noventa y nueve lo hacían por los malos tratos que recibían de sus dueños. AGI, Santo Domingo 77, ramo V, doc. 134. El Lic. Cerrato a S. M. Santo Domingo, 12 de septiembre de 1544.

cuantitativamente esclavos y libertos, el cotejo de fuentes permite descartar la conclusión de que las manumisiones se generalizaron desde el siglo XVI.

Además del pésimo trato, los esclavos de campo carecían prácticamente de instrucción religiosa. Esto se debía a la falta de consideraciones efectivas que atenuaran el sistema de trabajo y a que los recursos de la iglesia por concepto de diezmos se concentraban en el fausto del cabildo eclesiástico, quedando descuidados los curatos de zonas de ingenios y estancias. Además de la segmentación social, operaba, pues, una no menos tajante en la cultura. Por lo demás, debido a lo insustancial del servicio religioso, los hacendados, agrupados en el Cabildo de Santo Domingo, se oponían a la apropiación de diezmos por el arzobispo;<sup>21</sup> el verdadero objeto de la disputa radicaba en el control de los diezmos sobre los azúcares, por cuyo concepto los propietarios tenían que entregar al cabildo eclesiástico una arroba por cada treinta de azúcar blanco.

De ahí que, combinadas las segmentaciones sociales y culturales, la masa esclava desarrollara un sentido inequívoco de identidad. Es cierto que estaba atravesado por particularismos y que avanzaba un proceso de criollización, por medio del cual quedaban incorporadas pautas culturales de los blancos. Ahora bien, no se puede postular -al estilo de Lugo y Utrera- una relación excluyente entre criollización e identidad diferenciada, por cuanto no puede encontrarse en el siglo XVI una cultura criolla homogénea, sino tendencias a su conformación por medio de subculturas expresivas de acciones sociales contrapuestas, a veces agudamente. Las condiciones de vida de los esclavos tendieron a dotarlos de parámetros culturales comunes -por encima de particularismos étnicos-, expresamente diferenciados de los blancos.

La criollización estuvo obstaculizada, justamente, por el hecho de que a lo largo de todo el siglo XVI, la mayoría de los esclavos eran bozales, es decir nacidos en Africa. El avance de la proporción de ladinos - genéricamente nacidos en territorios cristianos- o criollos -específicamente nacidos en la isla- fue lento a consecuencia de la alta mortalidad que deparaba el ritmo de trabajo y de las desiguales proporciones entre los sexos. Es hacia mediados del siglo XVII cuando se puede estimar que comenzaron a primar los ladinos o criollos; esto no era posible en el siglo XVI, cuando, en algunos

---

<sup>21</sup> "Diezmos de azúcar 1551-1574", *Casas Reales*, 19 (octubre 1988), pp. 145-348. Se reproduce lo esencial de AGI, Justicia 983.

períodos, entraban anualmente contingentes de hasta 2,000 bozales.<sup>22</sup> Así, se daba una asociación entre modalidad intensiva de esclavitud y patrón demográfico; la alteración de este último, en beneficio de los nacidos *in situ*, fue expresión elocuente del final del esquema de plantación.

Ahora bien, mientras la mayoría estuvo compuesta por bozales, y una buena parte de ellos de ingreso bastante reciente, se entorpecía la formación de una cultura integrada de esclavos, a causa de la diversidad étnica africana. Esta composición daba lugar a pugnas frecuentes entre agregados étnicos; ahora bien, al mismo tiempo, hacía obligada la adopción de patrones culturales compartidos, que iban sedimentando localmente.

Los propios hacendados, deliberadamente, promovieron la mezcla de miembros de etnias muy diversas, con propósito antiinsurgente, como se muestra en los inventarios de ingenios y en otras listas de esclavos.<sup>23</sup> No obstante, el resultado fue la conjugación entre la inevitable criollización -empezando por el uso del idioma castellano- y la persistencia de componentes intactos del legado cultural africano, potenciados por etapas de predominio de la entrada de ciertas etnias, como la presencia particularmente masiva de angolanos desde fines del siglo XVI. Paradójicamente, la división entre etnias no dejó de comportar la gestación de una forma de solidaridad, sólo que referida a la etnia, lo que dificultaba la emergencia de una cultura unificada y de un sentido común de identidad.

### Sentido clasista de la rebelión

El marginamiento socio-cultural a que quedaban condenados los esclavos por los cánones del sistema tornaba lógica la prolongación africana. A partir de tal complejidad socio-cultural se explica que hubiese un caldo de cultivo crónico para la rebelión, condensación expresiva del rechazo generalizado del orden y, por ende, mecanismo de acción de clase.

<sup>22</sup> AGI, Santo Domingo 49. El Lic. Estévez, fiscal de la Real Audiencia, al rey. Santo Domingo, 10 de diciembre de 1552.

<sup>23</sup> Es accesible el inventario del ingenio de Hernando Gorjón, donado para la creación de un colegio, que a la postre sería la universidad de los jesuitas. Véase Joaquín M. Incháustegui, *Reales Cédulas y correspondencia de gobernadores de Santo Domingo*, 5 vols., Madrid, 1958, I, 236-243.

La rebelión era el correlato de la aspiración generalizada a la vida libre. De ahí que propendiera al designio de la reconstrucción del patrón de vida de la tribu africana. No se trataba de un recurso aleatorio, sino ratificado por la lógica sistémica, en la medida en que ésta no permitía el acceso a la libertad por otros medios. El expediente venía a ser, entonces, la forma de concreción más intensa de un sentir generalizado de clase. El hecho de que la mayoría de los esclavos no se alzase no descarta el sentido clasista de la rebelión, puesto que rebeldes y pacíficos, como demuestran las fuentes, compartían el mismo fin y éste sólo se lograba manifiestamente con la fuga.

La posición de Deive, de recusar el contenido clasista de la acción de los cimarrones, presenta, desde este ángulo, inconsistencias fundamentales. Para esclarecer el problema habría que partir de una conceptualización de la acción de clase. Esta puede definirse como la que se refiere a términos de reproducción de las relaciones de producción; esto implica la gestación de un sentido subjetivo compartido, expresado en matrices culturales.<sup>24</sup> En rigor, no hay clase sin acción clasista, y toda clase tiene una conciencia correspondiente no sólo a su interés, sino a condicionamientos históricos particulares. Las confusiones que se han originado sobre este problema provienen de la imputación de una conciencia ideal de clase, que no resulta sino de una operación ideológica y política; por esto se ha concluido a veces en que la clase sólo es una categoría válida para la sociedad capitalista.<sup>25</sup>

Aquí, la organicidad clasista de la rebelión no se colige de una imputación retrospectiva del interés abstracto de clase, sino de la concreción de la práctica social. Por supuesto que tendencialmente siempre se produce adecuación entre práctica clasista e interés; lo problemático es definir al último alrededor de un paradigma único y acabado, al margen de circunstancias concretas. En este caso, la concordancia entre la rebelión, como forma extrema de acción, y la aspiración por la vida libre, síntesis del interés de clase en ese contexto, puede afirmarse desde tres ángulos: la persistencia de la rebelión, la inclusión en ella de amplios contingentes y el apoyo de que gozó entre la generalidad de la población esclava. La narración que se expone más abajo dará cuenta, precisamente, de la virtualidad de estas tres condiciones.

---

<sup>24</sup> E. P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera*, 3 vols., Barcelona, 1977.

<sup>25</sup> Ver Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, 1975.

Ahora bien, a tono con la precaución sobre el alcance de la noción de interés de clase, la organicidad clasista no excluía la segmentación de identidades y la fractura de los intereses operantes entre grupos cuyo mecanismo de conformación podía variar: relaciones étnicas, comunidad en un centro de trabajo, oficio o ubicación en las relaciones sociales, parentesco, la solidaridad resultante de la cooperación en el alzamiento, etc. No obstante, el hecho de que no quedara aclarada una perspectiva inclusiva de todo el conglomerado no autoriza la afirmación de que la rebelión obedeciera a una motivación individual, lo que la eximiría de carácter colectivo y, por ende, clasista. Por otra parte, aun cuando la solidaridad de la mayoría con el acto insurrecto era inequívoca, no implicaba la interiorización del móvil en toda la masa; sin que se reduzca la insurrección a un plano de idealidad abstracta, lo que le confiere connotación clasista es que, en los hechos, exteriorizaba, en su forma más global, la oposición amos-esclavos.

Cuando Deive asegura que la rebelión de esclavos estaba descontextualizada de un condicionamiento clasista incurre en la incongruencia de utilizar una categoría de análisis histórico que no le sirve para explicar el proceso que estudia. Reproduce la visión de limitar la clase al ámbito de la relación estructural, y concluye despojando de la condición de sujetos a los esclavos. Lo que les demanda, acerca de lucidez del proyecto o comprensión de su situación, muestra un típico anacronismo resultante de un tratamiento de la fuente restringido a la lectura al pie de la letra, lo que conlleva a la incompreensión de los móviles que animan la acción de los grupos. Cualquier análisis retrospectivo puede ubicar deficiencias de captación, por parte de los actores, de las condiciones existentes. Por lo demás, tiene sus riesgos insistir en las inhabilidades de los esclavos, pues se sigue la corriente de despojar a las clases dominadas de historicidad y/o humanidad. Aunque es indudable que la crítica de los movimientos sociales forma parte de las tareas de la historia social, debe llevarse a cabo partiendo del contexto particular, medio para prevenir anacronismos.

Uno de los tantos anacronismos que se cometen, precisamente, se relaciona a la connotación como revolucionario de un movimiento. El concepto de revolución que se maneja, por su carácter moderno, no puede aplicarse a una realidad precapitalista. De todas maneras, si se entiende un movimiento revolucionario como impugnación de un orden social o político, las rebeliones de esclavos tenían un carácter eminentemente revolucionario. No podía haber otro objetivo

revolucionario posible, en aquellas circunstancias, que el enarbolado por cimarrones: la vida libre al margen del sistema esclavista.

La definición de tal tipo de móviles no puede llevarse a cabo exclusivamente mediante un procedimiento hermenéutico tradicional, ya que los esclavos no emitían documentos, y ni siquiera se les incluía en los interrogatorios de organismos oficiales. La clave de esta atribución de sentido se debe hallar en la interpretación de la acción, en base al registro empírico de las fuentes, aunque no atendida al mismo. Es, pues, sobre todo la conexión entre sistema y práctica social registrada la que permite desentrañar la pertinencia y el sentido de tal práctica. Aun así, el simple cotejo de fuentes autoriza la conclusión del carácter colectivo de la acción insurreccional, las premisas de su contenido clasista y la lógica que conllevaba en el designio compartido de construcción colectiva de un esquema ideal de vida libre.

### Tipología de las rebeliones

La manera en que se produce la acción ofrece pistas acerca de los móviles de sus participantes; al mismo tiempo, su frecuencia permite caracterizar períodos. Desde esa óptica, se puede establecer una clasificación partiendo de las acciones de menores alcances.

La forma más elemental es la huida individual, en el entorno de la unidad productiva. Este tipo de acto puede haber sido pautado por una búsqueda pasajera de alivio o de diversión, o haber quedado restringido por la falta de criterios para una actividad de mayor envergadura. Esto último explica que al principio esta forma de rebeldía fuera la más extendida, y que luego decayese, conscientes quienes la ejercían de que estaban expuestos a ser capturados con facilidad y a ser sometidos a castigos.

Una modalidad más desarrollada fue la de reducidos grupos que se coesionaban en torno a un propósito definido de fuga y se internaban a zonas muy remotas. De igual manera que en la anterior tipología, ésta se encuentra muy frecuentemente en etapas iniciales, aunque con cierta tardanza después del establecimiento de la trata. Ya constituye de una forma de cimarronaje, es decir, de voluntad deliberada de organizar una vida libre, al margen de la ley de los amos.

En la medida en que la acción anticimarrona se hizo sistemática, se dificultaba la pervivencia de los pequeños grupos propios del anterior tipo. Por ello, poco a poco se fueron conformando

contingentes, más o menos amplios, que dieron lugar a palenques, establecimientos aldeanos regidos por un sistema defensivo.

La forma más desarrollada es la que se puede dominar cimarronada: se trata de una campaña continua de depredaciones contra la vida y las propiedades de los blancos. Las cimarronadas únicamente tuvieron vigencia durante el lustro de 1545 a 1550, por razones que se verán más abajo.

A veces, las cimarronadas se vinculaban a rebeliones de una porción considerable de la población de un ingenio. Salvo en uno de los casos conocidos, lo que se hacía en estas ocasiones era engrosar una banda cimarrona preexistente. Por esto cabe también distinguir entre la rebelión de una unidad productiva y la cimarronada. Ahora bien, la experiencia dictaminó que la rebelión de una unidad productiva careciese de perspectiva si no se incrementaba o daba lugar a una cimarronada.

Tanto la cimarronada como la rebelión de unidad tenían por motivación la liquidación de la presencia blanca, es decir, el dominio indisputado del territorio. En cambio, los palenques y los otros tipos asumían una faceta defensiva, procurando la libertad en coexistencia con el dominio colonial.

## Las primeras manifestaciones

Desde el momento en que la trata adquirió vastas dimensiones y los esclavos se familiarizaron con el nuevo escenario histórico, la rebelión adquirió vigencia y constituyó un flanco débil para la estabilidad del orden.

Como debían conjugarse ambas condiciones, los primeros rebeldes que tuvieron éxito en sostenerse de manera prolongada fueron aquéllos que se unieron a las bandas de indios cimarrones que comenzaron a operar desde alrededor de 1520, y de las cuales la más importante fue la comandada por el cacique Enriquillo. Los indígenas no sólo transmitieron a los negros su consustanciación con el medio, sino que les enseñaron la táctica con la cual podían sobrevivir en libertad, la que de ninguna manera se basaba en enfrentamientos masivos y frontales.

Ahora bien, la propensión insurreccional de los negros no fue originada entre los indígenas. Desde que llegaron los primeros grupos de ladinos, durante la gobernación de Nicolás de Ovando (1502-1509), las autoridades captaron el peligro que esto representaba e informaron de su proclividad conflictiva. Por temor a que siguieran rebelándose, se ordenó disminuir la importación de



esclavos negros. No parece, empero, que logran sostenerse en libertad durante períodos prolongados, puesto que debían carecer de una concepción de cómo eludir la persecución.

La falta de tal instrumento conceptual adecuado es lo que explica la famosa rebelión acaecida en el ingenio de Diego Colón, entonces virrey, en las navidades de 1522. Seguramente, el alzamiento fue facilitado por la comunidad étnica de sus protagonistas, en su mayoría de la tribu gelofe, quienes no debían tener un plan muy definido, a no ser el exterminio de todos los blancos. El propósito que se puede discernir es que pretendían incorporar al mayor número posible de esclavos, indicador del móvil mencionado. Por ello, marcharon hacia el ingenio del Lic. Suazo, otro miembro de la élite administrativa, lo que dio la oportunidad para que fuesen aniquilados.

Los gelofes no tuvieron ninguna relación con los indios, y esto es un componente sintomático acerca de la modalidad que asumieron de delinear una ofensiva frontal. La lección que deparó el levantamiento debió ser bien procesada, porque algo similar sólo vino a repetirse más de 60 años después. Pero la misma asimilación a las bandas de indios rebeldes requería de una experiencia, por lo cual en la tropa de Enriquillo fue minúscula la presencia de africanos.

Quizás una causa más importante en el escaso número de africanos cimarrones en las bandas de indios haya radicado en los conflictos -estimulados por los blancos- que se producían cotidianamente entre negros e indios. De ahí que una parte de los negros optara desde el principio por la rebelión aislada de la de indios. La insurrección de los gelofes no constituyó un hecho aislado. Al año siguiente se registraron sucesivos levantamientos en otras partes de la isla, dando lugar a la formación temprana de cuadrillas de alzados.<sup>26</sup> Quizás no tuvieron prolongada duración, justamente, por el hecho de no contar con la experiencia de los indios. Ahora bien, desde inicios de los años 20 se hizo continua la presencia de bandas de negros rebeldes.

Los conflictos entre indios y negros se agudizaron cuando Enriquillo se rindió y se comprometió, a cambio de la garantía de libertad a todos sus acompañantes, a perseguir a todo aquél que se rebelase, no importando que fuese negro o indio.<sup>27</sup> Algunos acompañantes de Enriquillo y, en tiempo posterior, del cacique García

---

<sup>26</sup> AGI, Patronato 22, doc. 2, no. 2. Carta Real a la Audiencia de Santo Domingo, Pamplona, 27 de diciembre de 1523.

<sup>27</sup> Fray Cipriano de Utrera, *Polémica de Enriquillo*, Santo Domingo, 1973, *passim*.

serían de los más eficientes guías de las cuadrillas anticimarronas. En represalia, Lemba, el más prominente caudillo cimarrón, hizo incendiar una de las aldeas de antiguos acompañantes de Enriquillo -a orillas del lago que hoy lleva su nombre- y asesinar a gran parte de sus habitantes.

A pesar de este motivo de conflicto, todavía después de 1533, fecha de rendición de Enriquillo, siguió produciéndose la colaboración entre indios y negros rebeldes. Se debe tener en cuenta que la concesión de libertad otorgada por Carlos V únicamente cubría a los acompañantes del cacique. Como los indios seguían teniendo mayor dominio del terreno, persistió el expediente de que fuesen los negros los que se agregasen a las formaciones rebeldes de los primeros. Aparte de pequeños grupos de indios fugitivos, se sabe que, al menos, el cacique Murcia se rebeló, refugiándose finalmente en la península de Samaná, hasta donde fue perseguido por súbditos del cacique García, recién liberados de la encomienda que detentaba Juan de Villoria. De igual manera, se sabe que restos de la primera cimarronada, capitaneada por Diego Guzmán, se recompusieron en una banda de indios rebeldes.

### Las cimarronadas

Poco a poco, a medida que se acrecentaba el contingente de esclavos y disminuía el de indios, los primeros se fueron independizando con más frecuencia, formando pequeñas agrupaciones insurrectas que parecen haberse restringido a una táctica defensiva después del fracaso de la rebelión de los gelofes y otras subsiguientes. Las discrepancias de intereses entre las dos comunidades se agudizaron a partir de las Leyes Nuevas, de fines de 1542, que estatúan la libertad a los indígenas. Los debates que suscitaron dichas leyes, a causa de resistencia de la oligarquía esclavista, les confirieron mayor significado del que se desprendía del escaso número de indios. Estos dejaron de tener motivos para la rebelión, aunque no desaparecieron pequeños grupos ocultos que quizás no se enteraron de la medida o que desconfiaban de todo ofrecimiento de los españoles.

Entre los esclavos, las Leyes Nuevas accionaron como un resorte para la rebelión, ya que debieron ratificar la percepción de la injusticia consustancial del orden. El ejemplo de los indios, además, pudo operar como evidencia de la factibilidad de la libertad. Esto explicaría que, tan pronto se pusieron en ejecución las Leyes Nuevas, tras una infructuosa resistencia de la oligarquía esclavista local, se engrosaran

con celeridad las pequeñas bandas de fugitivos que venían operando desde muchos años antes; algunos de los grupos ya habían tomado dimensiones considerables, como el registrado en Samaná, donde se refugiaron indios y negros por igual. Explica, asimismo, que, ya ampliadas, las bandas variaran su táctica defensiva para proponerse recorridos continuos de depredaciones.

De seguro intervinieron otros factores en el cambio de operaciones de los insurrectos, como el control del terreno y la centralización de grupos dispersos alrededor de caudillos diestros. De igual manera, pueden interpretarse en relación a un momento especialmente intenso del tráfico negrero en la isla de Santo Domingo y al trato despiadado que recibían los esclavos en las plantaciones azucareras. Por último, no había cesado la tendencia a la despoblación de blancos de las regiones interiores de la isla, tornando dificultosa la reproducción de la dominación sobre contingentes masivos de esclavos.

Las campañas desplegadas por estas formaciones han recibido el calificativo de cimarronadas por algunos historiadores.<sup>28</sup> Se prolongaron entre 1545 y 1549 y dejaron en muchos blancos la impresión apocalíptica de que la isla estaba llamada a caer bajo el poder político de los negros.<sup>29</sup> En verdad, el objetivo que animaba a los líderes insurrectos apuntaba hacia el exterminio de la presencia blanca. Las cimarronadas consistieron, precisamente, en el paso de la actitud de resistencia defensiva al intento de elaboración de un orden alternativo global, con plena exclusión de los blancos.

La magnitud que alcanzaron las cimarronadas determinaron que las autoridades de la Audiencia ordenaran a los esclavistas dar un trato menos riguroso a los esclavos. Si bien se trató de una respuesta aleatoria tomada por iniciativa del gobernador López de Cerrato, más tarde revocada en la práctica, no dejó de estar conectada con un primer revés del auge esclavista que se había conocido tras 1520. Esto no quiere decir que la resistencia esclava constituyese el principal factor que, en el largo plazo, frustró la consolidación de una economía de plantación, pero no dejó de tener sus efectos de consideración. Al menos se pueden enumerar los siguientes

---

<sup>28</sup> Además de Utrera, entre otros autores, las cimarronadas han sido estudiadas por Carlos F. Guillot, *Negros rebeldes y negros cimarrones*, Buenos Aires, 1961; y Francisco A. Henríquez, *Lecciones de historia social dominicana*, Santo Domingo, 1971.

<sup>29</sup> Véase, por ejemplo, Girolamo Benzoni, *Historia del Nuevo Mundo*, Caracas, 1967, pp. 114-116. Este viajero italiano visitó la isla precisamente en ese período. Recoge que se daba comúnmente por cierto la existencia de más 7,000 cimarrones.

elementos: debió disminuir, en un momento clave, la importación de esclavos; se produjeron daños cuantiosos a las finanzas de los esclavistas, habida cuenta de que el principal capital de las empresas consistía en las mismas personas de los esclavos, amén de que varios ingenios fueron asaltados e incendiados; aumentaron los costos de la plantación por las medidas defensivas<sup>30</sup> o para sostener las cuadrillas anticimarronas; y, en síntesis, debió quedar una impresión aciaga, de incertidumbre sobre el futuro.

Todo eso, ciertamente, quedaba contextualizado en los obstáculos que interponía la Corona española para la conexión directa de los hacendados con otros mercados europeos. Y es en función de la persistencia de dificultades estructurales que se insertó la sombra dejada por las campañas de cimarrones de mediados de siglo y la presencia siempre irreductible, en las décadas subsiguientes, de formaciones masivas de alzados. En tal sentido, la rebelión de los esclavos se imbricó como un factor suplementario de debilitamiento de la economía esclavista. Quedó una marca, no necesariamente sutil, en cuanto a los límites de la disponibilidad de la población esclava. Los subsecuentes actos de rebelión renovarían sempiternamente el fantasma proveniente del pasado.

Los dos primeros grupos que se hicieron sentir peligrosamente fueron los comandados por Diego Guzmán y Diego de Ocampo. En algunos aspectos ambos caudillos operaron de acuerdo a un patrón similar. Se movían en torno a un circuito que iba desde La Vega y Santiago hasta San Juan de la Maguana y la Sierra del Batoruco. Es interesante que no intentaran aproximarse al principal centro de población esclava y producción azucarera, situado al oeste y al norte de Santo Domingo. La razón puede haberse ubicado en el temor a un enfrentamiento con tropas superiores de blancos y en la búsqueda del resguardo inmediato en zonas montañosas. Les bastaba, por lo demás, con atacar los establecimientos azucareros situados en San Juan, Azua y La Yaguana, así como, del otro lado de la Cordillera Central, establecimientos en el valle de la Vega Real y zonas aledañas.

En sus recorridos, los cimarrones promovían la defección de los esclavos de los ingenios azucareros y tuvieron éxito en destruir

---

<sup>30</sup> Por ejemplo, el licenciado Estévez, fiscal de la Audiencia y tiempo después dueño de un ingenio, propuso la construcción obligatoria de torretas o casas fuertes de piedra en todos los ingenios como medio de impedir que fuesen asaltados por cimarrones o piratas. Véase, entre otras comunicaciones: AGI, Santo Domingo, 49. Lic. Estévez al rey, Santo Domingo, 10 de diciembre de 1552.

algunos de ellos, especialmente en San Juan y Azua. Junto a las depredaciones de ingenios y otras explotaciones esclavistas, se dedicaron a asesinar a los blancos que encontraban. Ambas bandas se caracterizaron por una actividad depredadora casi incesante, desplegada en un corto lapso; apenas se tomaban períodos fugaces de descanso en regiones boscosas, como la Sierra de Bahoruco, seguramente tras experimentar pérdidas en los enfrentamientos con las cuadrillas enemigas. Fue esta beligerancia ininterrumpida lo que puso a ambas bandas a merced de golpes decisivos que llevaron a su desarticulación.

Diego Guzmán comenzó su ofensiva en los meses finales de 1545. Contra él se organizó la primera cuadrilla anticimarrona de consideración, la cual pudo infligirle sucesivas bajas. Finalmente, los restos diezmados de la banda se refugiaron en la Sierra del Bahoruco, donde Guzmán fue muerto junto a 17 de sus seguidores.<sup>31</sup>

Al poco tiempo apareció, en los alrededores de La Vega, el grupo de Ocampo, el cual, tras ser hostigado, se dirigió hacia el Valle de San Juan, donde se engrosó con insurrectos de dos ingenios. Inmediatamente de reforzada, la banda marchó hacia Azua, donde también embistió varios ingenios y obtuvo la adhesión de más esclavos. Después de haberse ocultado en la Sierra del Bahoruco, Ocampo, al frente de unos 150 combatientes, volvió a asaltar los ingenios de San Juan de la Maguana. Tras haber fallado una tentativa de tregua, se sucedieron varios enfrentamientos en los que los rebeldes tuvieron numerosos muertos. Retornado a La Vega, el grupo siguió muy hostigado, lo que determinó que Ocampo se entregara en el mes de junio de 1546, quizás en la montaña que lleva su nombre.<sup>32</sup>

La rendición del líder cimarrón se acordó sobre la base de su compromiso de perseguir a nuevos alzados. Un perdón al responsable de cuantiosos daños materiales y muertes de blancos ilustra la debilidad que entonces afrontaban las autoridades. Sólo en este caso se reiteró entre los negros rebeldes el comportamiento particularista ya puesto de relieve por Enriquillo. No obstante, los documentos no muestran acciones significativas de Ocampo contra sus antiguos compañeros.

La derrota de ambos contingentes requirió el reclutamiento de varias cuadrillas, mayormente compuestas de blancos, aunque

---

<sup>31</sup> AGI, Santo Domingo 49. El Lic. López de Cerrato, presidente de la Real Audiencia, al rey. Santo Domingo, 2 de febrero de 1546.

<sup>32</sup> AGI, Santo Domingo 49. Lic. López de Cerrato al rey. Santo Domingo, 15 de junio de 1546.

incluían auxiliares indios y negros. A cada blanco se le pagaban cinco pesos al mes, sueldo muy elevado, y diez pesos a cada capitán de cuadrilla. En seis meses las actividades antiinsurgentes requirieron 8,000 pesos, sufragado con sisas sobre la sal, azúcar, cueros, vino y harina, así como con el gravamen de uno por ciento sobre todo lo que pasase por la aduana. Esto supuso un sacrificio dramático para la población blanca, debido al alza del costo de la vida, a lo que se acompañó la dificultad suplementaria en la competitividad de las exportaciones de azúcar y cueros.

En los meses finales de 1546, cuando parecía que todo estaba bajo control -aunque se supiera de la existencia de multitud de esclavos fugitivos-, hizo aparición el caudillo cimarrón Sebastián Lemba. Dirigió el grupo que ocasionó las mayores destrucciones, poniendo en su clímax los temores de una inminente toma del poder por los sublevados. Una de las razones de la eficacia de la cuadrilla de Lemba se basó en el uso de caballos. Sus rápidos desplazamientos revelaron insuficiente la táctica ya elaborada por las cuadrillas anticimarronas, lo que llevó a las autoridades a visualizar *a posteriori* a Lemba como "negro demasíadamente diestro y muy entendido en las cosas de la guerra y a quien todos obedecían y temían."<sup>33</sup>

Durante meses varias cuadrillas persiguieron a la banda insurgente, infligiéndole cuantiosas bajas. Parece que en ningún momento Lemba consideró necesario retirarse a zonas remotas. Tras haber incendiado de nuevo dos ingenios, decidió emprender un recorrido decisivo en el corredor entre San Juan y Azua, ocasión en que se escenificaron varios combates y el contingente quedó reducido a poco más de veinte integrantes. Finalmente, Lemba fue muerto de un lanzazo en el pecho arrojado por un esclavo del Cabildo de Santo Domingo, "al cual se le dio la horria y libertad y licencia para traer armas porque pareció que ansy convenía para exemplo de los demás."

En realidad, las bandas de Guzmán, Ocampo y Lemba no fueron sino la punta del iceberg de una realidad masiva que englobaba muchas más agrupaciones.<sup>34</sup> Las porciones mayoritarias de los

<sup>33</sup> AGI, Santo Domingo 46. Lics. Grajeda y Zorrilla, oidores de la Real Audiencia, al rey. Santo Domingo, 16 de octubre de 1548.

<sup>34</sup> Aunque con reticencia, así lo reconoció el presidente López de Cerrato. *Cfr.* AGI, Santo Domingo 49. Lic. López de Cerrato al rey, Santo Domingo, 16 de noviembre de 1546. Refiere en esa carta que "los negros que habían alzados en ese momento en toda la isla pasaban de mil."

cimarrones eludieron involucrarse en las campañas de los tres caudillos, optando por sostener la táctica puramente defensiva de ocultarse en bosques abruptos. Meses después de desvertebrada la banda de Lemba, se descubrió en la zona de Higüey un palenque que existía desde quince años antes y que contaba con numerosos integrantes.<sup>35</sup> A pesar de la actitud no beligerante de este colectivo, fue sometido a hostigamiento por la única cuadrilla anticimarrona que quedaba activa, compuesta por unos veinticinco blancos.

No quedó registrado en la documentación disponible el desenlace de la persecución de esos fugitivos ubicados en el extremo oriental de la isla. Empero, es claro que, de ahí en adelante, la beligerancia antiinsurgente tuvo que ceder ante los constreñimientos de recursos financieros. Los vecinos presionaban para eliminar las sisas, y se llegó a la conclusión de que resultaba menos perjudicial tolerar grupos de alzados en lugares remotos que pretender exterminarlos, con tal de que no desplegaran campañas ofensivas.

A pesar de que, una vez vencido Lemba, se produjo un giro hacia la forma defensiva de rebelión, siguieron existiendo las condiciones que favorecían las cimarronadas. Si éstas no siguieron produciéndose se debió al efecto de la derrota, asimilado por los líderes supervivientes, y a las medidas preventivas tomadas por las autoridades coloniales. No obstante, esporádicamente aparecieron grupos beligerantes, que eran derrotados con facilidad. El más importante de ellos fue el comandado por Juan Baquero, quien operó alrededor de una década después de las grandes cimarronadas. A diferencia de sus predecesores, Baquero centró sus actividades en la periferia de la principal zona en que se desenvolvía la economía esclavista. Habría estado "matando, robando y quemando estancias en los términos de Santo Domingo, causando desasosiego... y los que caminaban, especialmente por las partes que... andava, caminaban con miedo por el daño y muertos que el dicho Juan Baquero hacía."<sup>36</sup>

### El paso al palenque inaccesible

Ya se ha visto que, como saldo de las derrotas de las cimarronadas, los sobrevivientes y los nuevos alzados debieron llegar

<sup>35</sup> AGI, Santo Domingo 49. Lic. Alonso de Grajeda al rey. Santo Domingo, 27 de mayo de 1548.

<sup>36</sup> AGI, Santo Domingo 11. Respuesta de Baltasar García al Interrogatorio promovido por el Lic. Lorenzo Bernáldez, 30 de agosto de 1563.

a la conclusión generalizada de que la erradicación del dominio de los blancos resultaba una quimera. Se consolidó, de tal manera, la actitud de retirada hacia zonas de difícil acceso. En las décadas siguientes, la Sierra del Bahoruco se tornó en el principal polo de atracción de los desertores de haciendas e ingenios. Incluso puede presumirse que, por razones de seguridad, varios pequeños palenques, diseminados en diversas partes de la isla, tendieron a concentrarse en el Bahoruco. Estas montañas ofrecían condiciones óptimas por su orografía, compuesta de hondonadas profundas, la distancia de sitios poblados y la exigüedad de cursos de agua, todo lo cual estorbaba la marcha de las cuadrillas de blancos. Los palenques del Bahoruco persistieron hasta avanzado el siglo XVII.

El otro foco constante de palenques fue la zona sur de la cordillera central, especialmente en los alrededores de Ocoa, por tal razón denominada El Maniel, término sinónimo de palenque. La recurrente elección de esta zona se explica por la cercanía a Santo Domingo, es decir razón inversa a la de Bahoruco, ya que se facilitaba la relación con los esclavos de las numerosas haciendas cercanas. Al mismo tiempo, esas montañas ofrecían suficiente seguridad para la subsistencia de los palenques.

El caso del Maniel pone en evidencia la dependencia de los palenques respecto a la comunicación con los esclavos pacíficos. La persistencia de la rebelión formó parte de un dispositivo que englobaba al grueso de los esclavos. Esto partía del manejo de información por medio de un sistema de espionaje que permitía conocer todos los movimientos de tropas. En segundo lugar, se lograba el abastecimiento de bienes indispensables a través de un comercio irregular de mercancías robadas por pacíficos; los cimarrones entregaban bienes recolectados de los bosques y cantidades limitadas de oro de aluvión.

La mayor tarea que tenían ante sí las comunidades cimarronas consistía en el reclutamiento de nuevos integrantes. Aunque se dosificaba, a fin de que no se tornase amenazante a la estabilidad del palenque, tal flujo resultaba imprescindible para su reproducción. Generalmente se llevaba a cabo de manera espontánea. De acuerdo al arzobispo de la Cueva, "todos los años huyen de las estancias de sus dueños que están en el campo esclavos, que es una de las principales causas de el miserable estado en que se haya esta ysla."<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> Francisco de la Cueva Maldonado al rey, Santo Domingo, 15 de septiembre de 1662. En Fray Cipriano de Utrera, *Santo Domingo. Dilucidaciones históricas*, 2 vols., Santo Domingo, 1978, I, pp. 261-264.



La misma fuente agrega que "todos los que tienen esclavos viven con desconsuelo, porque no tienen esclavo seguro, y si su gobierno bárbaro no fuera riguroso, estuvieran en el Maniel todos los esclavos por verse libres de seruidumbre." Esto último da una pista marginal de que hubiese razones para que, en parte de los cascos, el reclutamiento se efectuase de manera forzosa. Al menos, era frecuente el hurto de mujeres, siendo la escasez de ellas uno de los mayores escollos que confrontaron generalmente los palenques.

La ininterrumpida existencia de palenques, durante casi siglo y medio, determinó que sedimentara una tipología de sistema social y de marco cultural en el contingente cimarrón. Hasta ahora el material localizado al respecto es escaso, aunque se pueden efectuar algunas inferencias y aproximaciones preliminares. Se precisan estudios ulteriores que hagan uso del método comparativo. Por el momento, se infiere que, sobre todo, debió existir un ideal normativo de reconstitución de la vida comunal aldeana a la usanza africana. Empero, las condiciones reinantes habrían impuesto sesgos harto particulares. Cabe, al menos, indicar el imperativo de la defensa y la asimilación de patrones culturales españoles y criollos.

Precisamente, la escueta relación del arzobispo ofrece una de las mejores visiones de la vida en los palenques. Si se cotejan diversas fuentes se puede obtener un cuadro preliminar de la organización social en el interior de los palenques. Queda claro que la reconstitución del trabajo agrícola fue el principal medio de subsistencia. Por razones obvias, la recolección y la caza tuvieron gran peso en la reproducción social, pero quizás más para la obtención de artículos destinados al intercambio. Si bien la economía era de autosubsistencia, había requerimientos de algunos artículos de fuera, como ropa y licores. Aunque no se tengan detalles, coexistían mecanismos de reproducción comunales con otros separados por familias. Sin embargo, no está clara la estabilidad de un patrón de familias aisladas, dada la escasez de mujeres.

Toda la organización social estaba condicionada por el imperativo defensivo, por lo que las aldeas tuvieron un número de integrantes acorde con las tácticas de supervivencia. Las viviendas estaban situadas en puntos favorables para la defensa, rodeadas de fortificaciones de troncos, rocas, fosos o empalizadas. Generalmente se situaban cerca de cursos de agua, lo más pequeños posibles a fin de no facilitar la tarea de los rastreadores. Las aldeas estaban provistas de vías de escape, especialmente para mujeres y niños, así como lugares de reconcentración. Asimismo se trazaban rutas

destinadas a despistar a los enemigos. A menudo los palenques variaban su ubicación por temor a delaciones.

Cuando se ampliaba el número de habitantes, se procedía a formar nuevas aldeas, siempre más o menos cercanas y en zonas de muy difícil acceso. De tal manera, se establecían relaciones de cooperación entre varias aldeas. Lo que no está claro en los documentos es si de ahí surgieron formas coordinadas de autoridad. En cuanto al sistema de mando se sabe con seguridad que cada aldea apalencada constaba de un grupo de jefes, normalmente ladinos, dedicados con exclusividad a los asuntos bélicos.

Estos jefes sometían a la población, como lo indica el arzobispo, a un riguroso régimen despótico. No sería descartable que se introdujeran motivos de los regímenes tribales africanos, aunque no hay detalles ciertos al respecto; en algunos casos se menciona la existencia de reyes, presidentes, gobernadores u otros cargos. A menudo había divisiones de funciones entre varios jefes. Todos los hombres adultos estaban obligados, en principio, a ejercer funciones guerreras, como complemento a las tareas productivas. Se debía dedicar, en efecto, mucho tiempo a las tareas de comunicaciones, vigilancia y defensa. Se dotaban, al parecer de un armamento peculiar, ya que, según el arzobispo, "sus armas son flechas en que estan diestros; usan de espadas anchas, cortas, que hacen del yerro y azero que compran."

A pesar de la creciente presencia de criollos, se recreaban continuamente los antecedentes culturales africanos. De la misma manera, se puede asegurar que, de manera creciente, los mismos quedaban superpuestos con motivos cristianos. Este sincretismo debió constituir uno de los aspectos más ricos de la cultura cimarrona. Así, en un momento tardío como la segunda mitad del siglo XVII, según los términos del arzobispo, "no tienen iglesia ni usan de imagenes, si bien algunos que huyeron bapaticados, ponen cruces en sus casas...", al tiempo que "algunos rezan la oración de el Padre nuestro y Ave Maria, y tienen algunos errores de idolatría."

### **Persistencia de rebeliones y palenques**

Aunque el objeto principal de los apalencados consistía en el resguardo de la libertad, no podían prescindir de cierta actitud ofensiva. De vez en cuando, bajaban a las zonas llanas y atacaban establecimientos de blancos, con el doble móvil de hacerles daño y de procurarse bienes para su subsistencia. Así, en la medida en que la administración colonial debilitaba su presencia en el campo se

acrecentaba la postura beligerante de los cimarrones. Cada cierto tiempo, resultaba necesaria la realización de batidas que retomasen a los negros a la defensiva. Es lo que ocurrió en los años ochenta, en medio del auge del contrabando con enemigos de España por parte de los hateros y hacendados de La Yaguana, la población más cercana del Bahoruco. Como los blancos actuaban al margen de la ley, se facilitaba a los rebeldes atacar sus establecimientos. La Audiencia promovió una contraofensiva,<sup>40</sup> que no pudo aplastar la disposición beligerante de los cimarrones, manifestada en reiterados ataques:

"muchos hay y han ido en tanto aumento que han hecho una poblacion y poblaciones que llaman el Baoruco, adonde tenemos noticia que hay cantidad de gente, y cada día vienen a los ingenios y roban negros; a unos llevan por fuerza y a otros de voluntad, y aun se comunican con algunos negros mansos de secreto, y así se van encimando y fortificando, y tienen tanto atrevimiento y desenvoltura que ya nos vienen a echar de nuestras casas sin que los podamos resistir..."<sup>38</sup>

Tanto el número de alzados y las acciones que tendían a realizar concitaron la preocupación de las autoridades. El volumen de noticias acerca de estos palenques da cuenta de lo que representaron en la época. Por ejemplo, el presidente de la Audiencia estimó como altamente perjudicial los daños que recibían las finanzas reales de parte de los alzados del Bahoruco, quienes, según él, podrían llegar a quinientos y se encontraban en tal estado desde cincuenta años atrás.<sup>39</sup> A pesar de su declarada impotencia, parece que la Audiencia se dedicó a recopilar información detallada acerca del *modus operandi* de los cimarrones: por lo menos, entre otros detalles, se llegó a la conclusión de que en el Bahoruco existían cuatro poblaciones asociadas.<sup>40</sup> Para el funcionario, el problema carecía de solución

<sup>40</sup> Utrera, *Historia militar*, II, pp. 83 y ss.

<sup>38</sup> Cabildo al rey, La Yaguana, 5 de marzo de 1587, citada por Utrera, *Historia militar*, II, p. 86.

<sup>39</sup> AGI, Santo Domingo 72. Memorial de Lope de Vega Portocarrero al rey. Santo Domingo, 4 de julio de 1589. En otro de los documentos emitidos a propósito del tema, el funcionario dató la presencia a cuarenta años. Si se considera desde el ángulo de una ocupación estable y continua, este estimado da cuenta mejor de la realidad, ya que coincide con el final de las cimarronadas.

<sup>40</sup> AGI, Santo Domingo 81. Lope de Vega Portocarrero al rey. Santo Domingo, 26 de abril de 1594.

debido a la escasa población blanca y a los subidos gastos que conllevaría intentar la reducción: estimó que al menos se requeriría de una tropa de cien hombres.<sup>41</sup> Uno de los actos más llamativos de estos cimarrones fue el incendio de San Juan de la Maguana,<sup>42</sup> villa que poco después debió ser evacuada, al grado que se certificó el sitio como exclusivamente poblado por grifos<sup>43</sup> dispersos. En varias ocasiones las milicias de La Yaguana intentaron controlar las acciones de los cimarrones, pero más bien concitaron un incremento de su beligerancia. Se volvió a apoderar de los vecinos un estado de pánico por la posible pérdida de toda la isla.

Aunque durante un período la concentración del Bahoruco fue la que más llamó la atención, no fue la única. Por ejemplo, en fecha indeterminada, pero que puede situarse hacia 1537 por un documento similar fechado, el Cabildo de Santo Domingo da cuenta de un estado continuo de depredaciones en los alrededores de la ciudad, lo que incluyó una incursión en las riberas del Haina: "los negros... que se alzan a los montes y bajan y asaltan las ciudades y pueblos y aldeas: estos no andan a pie sino a caballos. Estos, además de asaltar llegaron por el río Haina y se llevaron de allí 20 esclavos."<sup>44</sup> Ese reporte ofrece una señal de lo temprano que se constituyeron palenques alrededor de lo que pronto se conocería sintomáticamente como El Maniel. De todas maneras, mientras en principio el Bahoruco albergó el mayor número de cimarrones a lo largo del siglo XVI, en el siglo XVII el centro de gravedad se trasladaría al Maniel de Ocoa.

El palenque, aunque mecanismo más generalizado de rebelión, no llegó a adquirir exclusividad. Aun después de las tres grandes cimarronadas y la de Juan Baquero, se registraron algunos conatos de rebeliones en zonas pobladas. La más importante de ellas estuvo dirigida por el criollo Perico, en el ingenio Casuí, a orillas del río de ese nombre. Esta obedeció al patrón de rebelión en una unidad, concebida para desencadenar una insurrección general. A fines de 1585, Perico urdió una conjura que tuvo éxito en concitar el levantamiento de varias decenas de esclavos del ingenio, quienes dieron muerte a su propietario, Diego de Valdés, al capitán Martín Peguero y a numerosos otros blancos y mulatos. Los rebeldes se

---

<sup>41</sup> AGI, Santo Domingo 51. Lope de Vega Portocarrero al rey. Santo Domingo, 28 de febrero de 1589.

<sup>42</sup> AGI, Santo Domingo 11. Juan Ochoa de la Vega al rey, 10 de mayo de 1559.

<sup>43</sup> Este término designa a mulatos oscuros con sangre de indios.

<sup>44</sup> AGI, Santo Domingo 73. El Consejo al rey, sin fecha.

dedicaron a incendiar las haciendas cercanas y obtuvieron la adhesión de otros esclavos, al grado de que la tropa insurrecta alcanzó los setenta individuos. En medio de los hechos, Perico dispuso la conformación de un sistema jerárquico de autoridad. Cuando el caudillo se proponía atacar un hato de Diego Caballero Bazán, en Zavita, éste armó una pequeña formación con la que logró, según su propio testimonio, disolver la de los esclavos.<sup>45</sup> No obstante, casi todos pudieron escapar, incluyendo a Perico. La Audiencia envió un contingente de las milicias para recoger los rebeldes desparramados.<sup>46</sup>

Con motivo del ataque del corsario Francis Drake a Santo Domingo, en 1586, a pesar de que los negros alzados no se movieron, las autoridades comprendieron que tenían un flanco débil que había imperiosamente que neutralizar. A tal efecto, se abrió una equívoca actitud de negociación; los cimarrones reiteradamente se negaron a aceptar las ofertas, temiendo que implicasen una trampa. Después de varios altos y bajos, finalmente una parte de los apalencados del Bahoruco, hacia 1602, aceptó asentarse en situación pacífica en el Valle de San Juan,<sup>47</sup> cuya villa, como se ha visto, había quedado desierta; después del temor a los ataques de los cimarrones se había sumado el atractivo por las zonas costeras para el ejercicio del contrabando. La instalación se llevó a cabo por iniciativa del capitán Antonio de Ovalle, quien obtuvo el cargo de corregidor de los pacificados y de todos los negros y grifos de la zona. Esta situación no pasó de efímera: el torbellino que conllevaron las devastaciones de 1605 y 1606 trajo consigo que los pacificados se volvieran a alzar. A raíz de la segunda despoblación, que abarcó el valle de San Juan, únicamente se contaron veintinueve negros y grifos del corregidor. Mientras tanto, se informaba de más de quinientos cimarrones en las zonas devastadas, unos dedicados a los rescates y otros "haciendo muchos daños, urtos y robos."<sup>48</sup>

El reactivamiento de los cimarrones formó parte de un estado generalizado de rebelión contra la medida real de la devastación. Los movimientos contestatarios fueron iniciados por los mismos

<sup>45</sup> Información de servicios de Diego Caballero Bazán, AGI, Santo Domingo 15. Citada por Utrera, *Historia militar*, II, pp. 85-86.

<sup>46</sup> AGI, Santo Domingo 51. Memorial de Cristóbal de Ovalle al rey. Santo Domingo, 23 de febrero de 1586.

<sup>47</sup> Lugo, *op. cit.*, p. 191.

<sup>48</sup> AGI, Santo Domingo 83. Baltasar de Monasterio al rey. Sevilla, fecha confusa de 1606.

propietarios. Una parte de los vecinos de La Yaguana escaparon al oriente de Cuba, donde fueron perseguidos por la Real Audiencia. Los vecinos de Bayajá y otros puntos de la costa norte se congregaron en actitud rebelde en el valle de Guaba, donde por meses se resistieron a acatar las órdenes.<sup>49</sup> El sistema de contrabando había involucrado a una porción importante de esclavos y otros libres de color, quienes se encargaban de realizar las transacciones riesgosas. Eso explica que los esclavos se sumaran a las acciones de resistencia. En algunos casos formaron parte de los grupos rebeldes de blancos. Empero, fue más generalizado el patrón de que se alzaran por su cuenta y constituyeran bandas irregulares dedicadas a sostener el negocio del contrabando. Muchos de ellos retornaron a las zonas occidentales después de haber sido deportados con sus amos a Monte Plata y Bayaguana. Fueron sometidos a persecución tenaz, en general efectiva por cuanto carecían de experiencia bélica, en tanto que la Audiencia mantenía un contingente de tropas profesionales recién llegadas a la isla. Según una información del momento, en los meses inmediatamente posteriores a las despoblaciones ciento veintidós negros insurrectos fueron capturados, de los cuales seis fueron ejecutados.<sup>50</sup> Es probable que el núcleo mayor en la zona de La Yaguana tuviese por líder al esclavo Miguel Biáfara, ahorcado junto a seguidores.

Empero, los núcleos insurgentes que se formaron a raíz de las devastaciones distaron de ser aniquilados. Algunos se retiraron a zonas distantes, donde continuaron los rescates con navíos extranjeros. Uno de esos grupos está bien reseñado, pues fue asaltado por las tropas profesionales llegadas desde Puerto Rico para aplastar la resistencia que se esperaba a la medida real. Operó durante más de dos años en la zona de Tiburón, el extremo occidental de la isla, y estaba compuesto mayoritariamente de esclavos fugitivos, aunque contaba con al menos un francés y un gallego. En la primera arremetida, fueron capturadas nueve negras y un negro, que fue ahorcado. Este informó que quedaban veintisiete negros y once negras.<sup>51</sup> En la misma época, una expedición desde Cuba logró

<sup>49</sup> Detalles al respecto, en Incháustegui, *op. cit.*, III, pp. 831 y ss.; Lugo, *op. cit.*, pp. 147 y ss.

<sup>50</sup> AGI, Santo Domingo 72. La información coincide con la relación que cita Lugo, que se restringe a La Yaguana, ofreciendo en cambio los nombres. Todavía la generalidad de esos negros se apellidaban por sus etnias: biáfara, zape, bran, angola, mandinga. Dos esclavas eran mulatas y unos pocos de los insurrectos eran negros libres. Lugo, *op. cit.*, pp. 199-201.

<sup>51</sup> Incháustegui, *op. cit.*, III, pp. 864 y ss.

apresar más de veinte esclavos fugitivos en la zona de San Nicolás, extremo noroccidental de la isla.<sup>52</sup>

A pesar de las reiteradas batidas de las tropas del presidio sobre las costas occidentales, los grupos de alzados negros sobrevivieron largos años, a diferencia de los de blancos y mulatos de Guaba, que a los pocos meses se dispersaron. En la mencionada zona de Tiburón, tres años después de la información contenida en el párrafo anterior, seguía intacto un amplio grupo de cimarrones, de acuerdo a la información ofrecida a la Audiencia por Agustín Brito, dueño de una fragata, quien había sido hecho prisionero por piratas ingleses que rescataban con los cimarrones.<sup>53</sup> Brito fue llevado a una "población dellos, que serían como cincuenta, muy ladinos, y allí asistió con ellos quatro años, y que por junio del año pasado, llegaron al puesto de la Sabana, tres nabíos, los dos yngleses y el otro Flamenco, con los quales los negros habían rescatado..."

El presidente Diego Gómez de Sandoval tomó medidas enérgicas para la erradicación de "aquella ladronera a los piratas, (dando) órdenes precissas a mi hijo para que sino pudiesen ser habidos todos los negros que son en cantidad 73 dejase de presidio en aquellos puertos a el sarjento Flores con hasta 40 hombres y entre ellos algunos monteros y rastros." La información ulterior de Gómez de Sandoval da cuenta de choques con los piratas pero no informa si, finalmente, fueron reducidos los cimarrones. De seguro, durante décadas sobrevivió una población de alzados, hasta el momento en que esos territorios occidentales fueron copados por los bucaneros.

### Determinaciones del fin del cimarronaje

La colonia quedó tan debilitada con las devastaciones que, después de la sujeción de los habitantes deportados, no se planteó la reducción de los cimarrones en las zonas donde su presencia era conocida. Estos subsistieron y en forma reiterada renovaron los ataques en las décadas siguientes. Como ha sido señalado, de por medio estaba involucrada la prolongación de tendencias socioeconómicas. Es inequívoco que la producción esclavista con perfiles de plantación se prolongó hasta pasada la mitad de siglo. El

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 866.

<sup>53</sup> AGI, Santo Domingo 54. Gobernador Diego Gómez de Sandoval al rey. Santo Domingo, 29 de mayo de 1611.

<sup>54</sup> Así se ve en Incháustegui, *op. cit.*, III, pp. 861 y ss.

abuso sistemático y cruel, como medio central de sujeción del esclavo, se mantuvo incólume. La persistencia de la esclavitud clásica, aunque su decadencia se acelerara, debe atribuirse, en primer término, a las disposiciones emanadas de la corona destinadas a que la navegación comercial con la isla no se interrumpiera.<sup>54</sup> En fin de cuentas, aunque en condiciones desventajosas, siguió exportándose cacao, jengibre, azúcar y cueros. La navegación comercial se mantuvo activa hasta avanzada la década de 1640, como se comprueba en las tablas de movimiento desde Sevilla elaboradas por Chaunu.<sup>55</sup> La trata negrera oficial se recuperó hasta cierto punto, aunque carecemos de información precisa al respecto.

En consecuencia, en la primera mitad del siglo XVII se mantuvo el esquema institucional y social proveniente del siglo anterior. El número de esclavos estaba en disminución, pero como fenómeno lento. Tras la invasión de Drake se produjo una epidemia que exterminó la mitad de la población esclava entonces existente. Ciertamente que en los años ulteriores, la intensificación del contrabando conllevó la introducción de por lo menos seiscientos bozales en las zonas occidentales. A ello se agrega la reimplantación de la trata, con sus secuelas colectivas en materia de identidad. Pero, no parece que las cuantías de introducidos fueran muy elevadas. Después de los once mil esclavos registrados en 1606, esa cifra debió decrecer de manera continua. Sucesivas epidemias diezmaron la población esclava, principalmente en la década de 1660.<sup>56</sup>

La escasez de esclavos y la creciente dificultad de su introducción después de 1650 otorgaron un significado de extrema delicadeza al problema de los palenques. Adquiría una connotación económica, ya que los rebeldes profundizaban la carestía de mano de obra. En el entorno de decadencia que experimentaba la economía colonial, crecían los temores de que los cimarrones pudiesen hacerse del control de la isla.

Pero, en lo inmediato, desde la década de 1640 comenzó a tener presencia el enemigo extranjero, mucho más peligroso que el esclavo insurrecto. Es ante la creciente amenaza que representaba que se originó un cambio general de actitudes de los grupos dirigentes en sus relaciones con los libres de color y aun los esclavos. Se tuvieron que dar pasos firmes para la integración de los negros y mulatos en

<sup>55</sup> P. Chaunu, *Seville et l'Atlantique*, 8 vols., Paris, 1955-1959.

<sup>56</sup> Cassá, *op. cit.*, I, p. 108.



esquemas militares, particularmente en compañías de milicias de pardos y morenos. Esta incorporación significaba, tácitamente, el reconocimiento de cierto espacio en la vida social. Mientras tanto, las manumisiones comenzaban a generalizarse debido al cese de rentabilidad de las unidades productivas y a la conveniencia de sistemas de trabajo que acordaban independencia al esclavo.

Con motivo de la invasión de Penn y Venables, en 1655, las autoridades españolas hicieron saber formalmente a los apalencados de El Maniel que aceptarían su apoyo a cambio de garantizarles la libertad. Los negros no aceptaron, aunque en este caso tampoco se dispusieron a apoyar a los ingleses. Esta renuencia a la integración evidencia cierto desfase entre la acción de los agentes y los condicionamientos estructurales crecientes. Se explica por la formación de una identidad diferenciada y por el aprecio de la libertad absoluta, en un mundo aparte al de los blancos. Es decir, en el contexto de desarticulación de la esclavitud de plantación, los alzados preferían mantenerse aparte, que participar de las tendencias ya visibles de mecanismos de promoción dentro del sistema; y, por lo que señala la citada carta del arzobispo de 1662, tal actitud gozaba todavía de la aquiescencia de la mayoría de pacíficos. Ahora bien, paralelamente, se comenzó a evidenciar la eficacia del espacio integrativo a los negros libres. Estos pasaron a operar, de manera destacada en lo adelante, con un interés propio, no sólo distinto, sino incluso contrapuesto al de los esclavos, como se hizo generalizado en el siglo XVIII.<sup>57</sup> El debilitamiento de la esclavitud clásica, por otra parte, acentuó la fragmentación de la masa esclava en sectores disímilmente relacionados a los sistemas de trabajo y a la socialización con los amos o sus capataces.

En tal sentido, como la manumisión comenzaba a formar parte de la lógica del sistema económico, estaría llamada a crear expectativas cruciales entre los esclavos. La persistente rivalidad con la colonia vecina determinó una estrategia de manipulación de los esclavos; la misma contenía fines integrativos y defensivos hacia la parte española, y, subversivos hacia la parte francesa. La señal más clara de lo último estuvo representada por la recepción de los esclavos escapados en los años siguientes a 1680, con quienes se fundaría la aldea de San Lorenzo de los Minas. Se atenuaría, así, la oposición entre libres y esclavos e, incluso, entre estos últimos, no se plantearía más un proyecto social totalmente segmentado. De ahí

---

<sup>57</sup> Información de Raimundo González.

que, después de 1667, los documentos sean mudos acerca de cimarrones, en tanto que algunos explícitamente los refieren como cosa pasada. En el siglo XVIII no se constituyeron palenques, a no ser los de las zonas fronterizas compuestos por fugitivos de Saint Domingue. Explícitamente, muchos de ellos no se acogían a los ofrecimientos de los españoles, no sólo por generar un instinto refractario respecto a todos los blancos, sino porque se produjeron devoluciones por presión de las autoridades de la colonia vecina. Aun así, se practicaron reducciones de estos cimarrones, siendo la más importante una establecida en el Valle de Neiba.<sup>58</sup> En los palenques fronterizos de la segunda mitad del XVIII, la presencia de fugitivos de la parte española parece haber sido minúscula.

Mientras el giro en cuestión no cobró cuerpo, a las autoridades se les hizo inevitable recurrir a la reducción violenta. Las tentativas se sucedieron entre 1650 y 1667, fecha esta última en que culminaron exitosamente. De más en más, las milicias disponían de medios aptos para aniquilar a los cimarrones, ya que estaban engrosadas con muchos libres de color, una parte de ellos altamente experimentados como lanceros y monteros de hatos y hatillos. Los palenques de El Maniel de Ocoa tuvieron que tomar precauciones extremas respecto a la destreza bélica de las milicias de lanceros, así como a la posibilidad de traiciones o de localización por monteros. De todas maneras, como seguían contando con el apoyo de la mayoría de la masa esclava, se entorpecía su eliminación. Pero, precisamente, se iba minando el fundamento de esta base de sustento a medida que se debilitaba la esclavitud intensiva y el enfrentamiento con los bucaneros, los enemigos de tierra, y la amenaza de invasión de otra potencia propiciaban un fenómeno inédito de solidaridad que terminaría abarcando a los esclavos.

En función de lo arriba indicado, las autoridades percibieron que resultaba perentorio liquidar la presencia de cimarrones por cuanto obstaculizaban la cohesión ante los enemigos. Pero, no menos, esos esfuerzos se efectuaron desde la premisa de que, por fin, se hacía factible obtener el éxito, dadas las aptitudes bélicas de las milicias. Se sucederían, por lo tanto, varias campañas anti-cimarronas, consistentes en cercos de extensas zonas que involucraban centenares de hombres, en su gran mayoría de extracción humilde. Esos operativos se llevaron a cabo desde el ángulo del peligro que representaban los alzados en caso de invasión de ingleses o

---

<sup>58</sup> Carlos E. Deive, *Los cimarrones del Maniel de Neiba*, Santo Domingo, 1985.

franceses. En fin de cuentas, la guerra contra los cimarrones no era sino una prolongación de la que se llevaba a cabo contra los enemigos exteriores.

### Reducción final de los palenques

La primera ofensiva de las milicias que hemos localizado, de 1650, la encabezó Damián del Castillo, personaje que no por casualidad alcanzó protagonismo en la derrota de la expedición inglesa, cinco años después. Las milicias de la capital y La Vega lanzaron un vasto cerco y, mientras pernoctaban una noche, fueron acometidas por los insurgentes, quienes les provocaron varios heridos y un muerto. Inmediatamente los perseguidos se diseminaron en varios grupos, pero eso impidió que tras días de rastreos una de las compañías de milicia localizara un palenque, capturando únicamente a dieciocho esclavos. La gran mayoría pudo escapar, y no se pudo dar seguimiento pues las provisiones de los lanceros se estaban agotando. De todas maneras, en la refriega fue muerto uno de los capitanes llamado Juan Angola, quien, de acuerdo a la relación oficial del suceso, "peleó valerosamente".<sup>59</sup> Otro capitán cimarrón, reincidente en su actitud, fue condenado "a muerte de horca y hacer quartos y poner su cabeza en una escarpia." Un tercero murió en la cárcel salvándose de ser ejecutado. Los demás fueron deportados perpetuamente de la isla y sometidos a doscientos azotes.

Como los restantes alzados habían quedado intactos, en represalia, bajaron a la zona de Nigua a atacar ingenios. Se interpretó que procuraban comida, pues las milicias les habían destruido muchos de sus conucos. Del ingenio de Baltasar de Figueroa robaron además algunos esclavos. Esto motivó una nueva campaña de las milicias, las cuales penetraron a la sierra por dos puntos: los procedentes de La Vega, en número de cincuenta, al mando de Juan Sánchez Aragonés, partieron de Bonao hacia El Maniel Nuevo y Yuma; las milicias de Azua, comandadas por el capitán Pedro Ramírez, con sesenta hombres, "todos a propósito para penetrar las montañas", se internaron por El Maniel Viejo, la actual Ocoa. Estas tropas no localizaron cimarrones. En esos días, una partida de veinte de éstos volvió a atacar el llano, siendo seguida por un destacamento de milicias que no perdió el rastro hasta dar con los bohíos, que

---

<sup>59</sup> AGI, Santo Domingo 57. Juan Melgarejo Ponce de Leon a Su Majestad. Santo Domingo, 18 de marzo de 1650.

procedieron a incendiar, donde capturaron nueve negros más, entre quienes se hallaron dos mujeres robadas en el ingenio de Figueroa.

En definitiva, el grueso de insurrectos se mantenía intacto, situación que no variaría durante muchos años. Quizás les ayudó una reubicación en lugares nuevos, más cercanos al remoto y frío macizo que hoy se conoce como Valle Nuevo; otros se habrían dirigido al sur del macizo central, cuya cumbre más elevada es Pico Duarte. A las autoridades llegó la versión de que se produjo una escisión entre los rebeldes, por divergencias tácticas que involucraban porciones étnicas:

"Y habiendo tenido noticias que los criollos del Maniel abían apartado de sí a los Angolas a causa de decir que por ellos los yban a perseguir a su tierra los blancos, y que se abido retirado más de cinquenta leguas la sierra dentro a las faldas del Oeste que mira hacia el Valle de San Juan..."<sup>60</sup>

A inicios de la década de 1660 se levantaron diversos expedientes tendentes a acabar de una vez con los núcleos de cimarrones de El Maniel. Aparentemente, éstos se habían reconstituido con facilidad tras lo sucedido en 1650, retomando al poco tiempo a las zonas más familiares de habitat. No obstante, como lo muestran las informaciones registradas con motivo de las operaciones llevadas a cabo, en realidad ni siquiera se pudo averiguar de la existencia de varios palenques, que siguieron desenvolviéndose con normalidad.

La determinación de erradicar el cimarronaje fue adicionalmente estimulada por la invasión inglesa de 1655. Mientras tanto, además del incremento de la pericia de los milicianos, prácticamente toda la población masculina adulta, con excepción de los cada vez más escasos esclavos, se había enrolado a las milicias. Sobrevino un estado de militarización, como nota distintiva de la vida social y recurso último de subsistencia de la comunidad. Aun así, a pesar de intentos esporádicos en su contra, el contingente de cimarrones se mantenía indemne.

Por medio de la Real Cédula del 30 de agosto de 1664 se ordenó que se agotaran todos los recursos para liquidar la cuestión cimarrona. Como parte de la nueva estrategia de solidaridad de todos los sectores para enfrentar las amenazas externas, se acudió a

---

<sup>60</sup> *Ibidem.*

garantizar la libertad a los alzados, ofreciéndoles su reducción en pueblos, con prerrogativas semejantes a las de cualesquiera otros súbditos de la corona. A tal efecto, se envió a un ladino emparentado con uno de los líderes de los cimarrones. De nuevo, éstos no mostraron ningún interés, "porque los demas de los presidentes an tratado de ir con jente a tratar de cojer estos negros y algunos an ydo con el hecho y aver sido muy poco el fruto que desto se a sacado, porque siempre tienen tiempo de huirse y an sido muy pocos los que se an coxido y mucho el gasto..."<sup>61</sup> Sabiendo por adelantado que tales gestiones no podrían prosperar, el presidente de la Audiencia se dilataba en emprender los pasos para la pacificación.

Cuando se resolvieron detalles del sistema de defensa de la ciudad, se pasó finalmente a conceder atención al cimarronaje. El presidente envió a prácticos a recorrer las montañas, lográndose, en febrero de 1665, la ubicación de una aldea de alzados conocida como Siete Cabezas. Para eludir la red de espionaje de los cimarrones, se hizo correr el rumor de que se aproximaba una nueva expedición inglesa, bajo cuyo pretexto se hicieron los despliegues para acometer por sorpresa a Siete Cabezas. Salvo los cabos del presidio, nadie fue informado del destino que tendrían. De manera que los espías que se despacharon desde Siete Cabezas con motivo de los movimientos de tropas no tuvieron tiempo de dar aviso de lo que se hallaba en juego. En la embestida al palenque se capturaron cuarenta de sus habitantes, en tanto muchos otros escaparon o murieron en la refriega. Posteriormente se montaron emboscadas, dando por resultado nuevas muertes y la captura de veinte individuos más. En juicio, fueron condenados a muerte el fundador del poblado, veintisiete años antes, y otro calificado como su gobernador; a los demás se les sometió a azotes y se devolvió a sus dueños, previo pago de la mitad de su valor para repartirlo como botín a los milicianos que participaron en la expedición, tocando a cada uno cerca de ocho pesos.

Se dispuso una segunda expedición, que, como era característico, no arrojó ningún resultado, ya que los supervivientes habían abandonado las aldeas dispersándose en pequeños grupos en zonas más o menos lejanas. El presidente decidió esperar que se reagruparan y retornaran a una situación de normalidad que tomara exitosa una campaña de exterminio.

<sup>61</sup> AGI, Santo Domingo 61. Pedro Carvajal y Cobos al rey. Santo Domingo, 6 de marzo de 1666.

La reiteración del comportamiento esperado, efectivamente, confirió eficacia a una operación tendente a la total erradicación de los cimarrones de El Maniel. Se inició a finales de 1666 y se prolongó durante más de cinco meses. Parece que la tropa que comenzó la campaña estuvo comandada por el capitán Juan Muñoz Cordero, la cual ocupó el palenque principal, ubicado en un emplazamiento en extremo abrupto.<sup>62</sup> De inmediato, se dio aviso para que avanzaran las tropas del presidio y de las milicias distribuidas en puntos diversos de acceso a la cordillera, y que en total superaban trescientos individuos; posteriormente, esta tropa fue reforzada con los restantes efectivos disponibles. Esta extraordinaria concentración se concibió de acuerdo al diseño de cerco combinado con limpieza sistemática de todos los parajes en que se pudieran ocultar los fugitivos. Al principio, estuvo al frente el presidente de la Audiencia, Pedro de Carvajal y Cobos, y, al enfermarse, traspasó el mando a Lucas de Berroa, sargento mayor de la fortaleza, quien todo el tiempo se mantuvo en el puesto central situado en llanura.<sup>63</sup>

Parece que el cerco alcanzó éxito a causa de la presentación de un cimarrón que, a cambio de su libertad y la de algunos otros, se prestó de guía contra sus antiguos compañeros. El presidente pudo proclamar, con probable razón, que todos los alzados, en número todavía de alrededor de cuatrocientos, a la postre quedaron sometidos a la fe católica y a la obediencia al rey.<sup>64</sup> Unos ciento cuarenta fueron capturados, ciento treinta "reducidos con agasajo", en tanto que los restantes perecieron en la prolongada campaña. Esto último, evidencia que la resistencia no dejó de ser harto tenaz.

Empero, los castigos administrados fueron mínimos y en extremo moderados. Por otra parte, muchos de los capturados no fueron devueltos a los antiguos amos ni deportados de la isla. Probablemente, algunos ingresaron a las compañías de pardos y morenos. Se precipitaban los imperativos de la política defensiva a medida que los bucaneros ganaban terreno, los piratas y corsarios apretaban el cerco marítimo y la economía caía en bancarrota absoluta en el funesto año de los "tres seis", recordado por la combinación de epidemia, terremoto y ciclón.

---

<sup>62</sup> AGI, Santo Domingo 62. Información al rey del presidente Pedro de Carvajal y Cobos, sobre servicios de Juan Muñoz Cordero. Santo Domingo, 28 de julio de 1667.

<sup>63</sup> AGI, Santo Domingo 89. Alvaro Girón y otros al rey. Santo Domingo, 1 de agosto de 1667.

<sup>64</sup> AGI, Santo Domingo 2. Pedro Carvajal y Cobos al rey. Santo Domingo, 28 de julio de 1667.